
«LAS DOS OPCIONES»
Y
«LA CREENCIA IDEOLÓGICA»

LAS DOS OPCIONES

I. El hombre, cuando llega a adulto, se ve conducido a dar sentido a su vida.– El hombre puede rechazar toda significación a sus días.– El hombre puede evadirse de la pregunta que su condición le plantea abandonándose a los torbellinos de la vida.

II. Primer camino de sentido: partir de la visión del Todo para comprenderse.– Segundo camino: partir de sí mismo y hallar su conexión con el Todo por esfuerzo de interioridad.– El hombre está en camino hacia su humanidad cuando se decide explícitamente por una de estas dos opciones.

I. La cuestión del sentido que abre el capítulo hay que situarla en continuidad con la narración de Légaut sobre lo universal humano como cimiento de lo espiritual en los capítulos anteriores. Es verdad que el hombre puede rechazar toda significación a sus días. También puede evadirse de la pregunta y abandonarse a los determinismos y distracciones a que toda vida está expuesta, sobre todo en nuestra sociedad moderna. En tal caso, ni siquiera habría traspasado el primer “umbral” de la vida espiritual, que consiste en algo aparentemente muy simple pero no tan frecuente, y que Légaut resume a veces en una expresión común: «tomarse la propia vida en serio».

El hombre experimenta una imperiosa necesidad de *reflexionar sobre su condición y descubrir su razón de ser* cuando deja de estar absorbido

(*) En este resumen de los capítulos 6 y 7 de *El hombre en busca de su humanidad*, a veces ofrecemos los párrafos de Légaut con algunas supresiones (en ocasiones extensas). Otras, condensamos sus expresiones y, además, formulamos su idea de forma independiente. Por último, algunas veces añadimos algo propio con idea de aclarar el conjunto. Y, además, cambiamos el orden. J.A.R. y D.M.

por la preocupación de asegurar su subsistencia y la de los suyos, cuando ya no está fascinado por la posibilidad interminable de nuevas posesiones o por las actividades (...), y también cuando no está completamente amoldado, intelectual y sentimentalmente, al medio social que lo envuelve (...). Entonces, se siente íntimamente llamado a *tomar conciencia por sí mismo de su humanidad a fin de adbe - rirse del todo a su vida*. (...) A partir de un nivel suficiente de humanidad, el hombre experimenta la necesidad de buscar un sentido a sus días a fin de *desposarse con su destino* y, si no transformarlo exteriormente, sí asumirlo interiormente en lugar de padecerlo a ciegas y sentirse como arrastrado hacia la muerte.

II. A partir de este umbral, Légaut enuncia dos caminos por los que el ser humano puede buscar el sentido, el suelo por donde caminar. Veamos su descripción de estas dos opciones o caminos.

1. Primer camino: *partir de la visión del Todo para comprenderse*.

En el primer camino, el hombre no tiene necesidad de estar interiorizado. Le basta con concebirse a sí mismo a través de la idea general que se hace del Mundo: idea nacida de evidencias espontáneas, de opiniones colectivas recibidas pasivamente sobre todo, o de conocimientos y juicios más elaborados, científicos o filosóficos. En este caso, se limita a verse desde fuera, a través de lo que es exterior a él, como si se tratara de otro, o, con más precisión, de otro distinto de él. Fundido en el Todo más que consciente de su unión con él, sólo tiene en propiedad una historia individual que se parece a las demás en la forma y en el contenido.

Conforme a tales perspectivas, este hombre sólo ve, con ojos como si fueran los de un extraño, los bienes humanos que le fue dado conocer cuando se elevó por encima de su estado ordinario y miraba todo, incluso su vida, con una mirada nueva. (...) Sólo quiere conservar, de estos bienes que fueron específicamente humanos antaño para él, su carácter objetivo e impersonal. Prescinde de la cualidad que precisamente los singulariza en su favor, dado que fue él quien los vivió creándolos a partir de su ser (...). A pesar de su propia experiencia, y por razón de la secreta lógica de la opción que

ha tomado, *los asimila a los restantes bienes aunque los juzgue particularmente preciosos*. Los momentos en los que conciencia estos bienes sólo los ve como estados transitorios, sin duda intensos, pero vinculados a etapas en definitiva pasadas de su vida (...).

2. Segundo camino: *partir de sí mismo y hallar la conexión con el Todo por un esfuerzo de interioridad*.

Sucede lo contrario en el segundo camino: el hombre se niega a desconocer –lo cual equivaldría a *blasfemarlas*– las experiencias humanas que juzga esenciales porque así las juzgó al conocerlas y porque así se esfuerza aún por vivirlas. Presiente así *el signo en hueco de lo que germina en él, en su carencia de ser*; carencia que la prosecución de esos bienes cada vez le pone más de manifiesto a medida que se esfuerza por corresponder mejor a ellos. Al margen de toda consideración general sobre el mundo o sobre los hombres, funda su vida en la esperanza de ese ser que se anuncia en él (...).

De este modo, en oposición a las perspectivas anteriores, el hombre se apoya, sobre todo, en la *conciencia que tiene de su íntima realidad*. Lo cual exige, a la inversa del camino precedente, una *profundidad* avanzada y una *iniciativa personal irremplazable*, que normalmente el entorno ignora, y que él toma, a menudo, pese a la oposición de dicho entorno.

Al contrario de lo que sucede en la primera forma de fundar su vida en razón, en esta segunda, el hombre *no parte inicialmente de una visión de conjunto de lo real*. No obstante, poco a poco entrevé *no el lugar de un hombre cualquiera en el Todo sino el suyo propio*, aunque *de un modo que es estrictamente personal*. Hace este descubrimiento apoyándose no sólo en sus conocimientos del Universo sino también, y sobre todo, en el conocimiento íntimo de su profundidad y de sus exigencias íntimas. (...) Esta vinculación suya con el Mundo pertenece a un orden radicalmente distinto a la fusión propia del camino precedente, con independencia de que ambos propongan (...) iniciativas exteriormente análogas. (...) El Mundo, a pesar de sus dimensiones, *no lo devora*, pues él, por lo que él mismo es en sí, *transcendiendo todo conjunto que pueda contenerlo*, es decir, que pueda *reducirlo* a ser sólo uno de sus elementos.

Al final del capítulo, Légaut afirma: «El hombre está en camino hacia su humanidad cuando se decide explícitamente por una de estas dos opciones». Ambas exigen «una elección exclusiva y un compromiso total». Así pues, a estas alturas de su reflexión, Légaut no niega que el hombre esté en camino hacia su plena humanidad por el “primer camino”. La cuestión es si por él puede llegar.

De esta cuestión es de lo que trata precisamente el capítulo siguiente sobre la «ideología» y sobre la «creencia ideológica»; nombres que da Légaut a la «visión del Todo» propia del primer camino y a la opción de partir de de esta visión. La idea básica de Légaut es que esta primera opción y este primer camino «*sólo favorecen parcialmente* la profundización humana». Sobre todo la favorecen al comienzo, cuando la creencia ideológica influye en una primera forma de dar un carácter absoluto a los compromisos. Sin embargo, no ocurre lo mismo después, cuando dicha «creencia» limita y se opone a la fidelidad, a veces tan distinta de la ortodoxia y de la conducta ideológicamente “correcta”.

LA CREENCIA IDEOLÓGICA

I. Definición de ideología.– El nacimiento de la ideología se debe tanto a la imaginación como al saber. La sociedad fomenta la ideología para dar un alma a sus instituciones.– La adhesión ideológica y la actividad que ésta impone *sólo favorecen parcialmente* la profundización humana.

La adhesión ideológica es una verdadera creencia que afirma mucho más de lo que la ciencia asegura.– La creencia ideológica responde a una tendencia natural del hombre.– Todas las ideologías son efímeras.– Las ideologías modernas, por los medios que emplean y por las muchedumbres que movilizan, aplastan a los hombres.

II. La naturaleza de la creencia ideológica es distinta de la naturaleza de la fe conyugal y de la fe paterna.– La ideología se presenta como un sistema de pensamiento unido a una forma de sentir.– La solidaridad generada por la ideología es distinta de la comunión nacida del amor y de la paternidad.– Toda creencia ideológica, bajo el peso de su carácter absoluto, es *inhumana* aunque invoque grandes valores humanos.

III. La adhesión ideológica *esteriliza* las virtualidades humanas que no cuadran con su objetivo.– El *vacío* que la creencia ideológica deja en el hombre se manifiesta cuando la acción ya no le absorbe.

IV. La creencia ideológica es *necesaria al comienzo* de la vida.– Crisis de la adhesión ideológica.– La forma de salir de esta crisis juzga al hombre.

1. Como ya hemos dicho en la página anterior, y tal como indican los epígrafes del texto, el capítulo 7 no se limita a presentar el modo como el hombre da un sentido a sus días a través del «primer camino», sino que, además, muestra los *límites* a donde la «creencia ideológica» conduce al hombre. En el mejor de los casos, esta primera opción tiene valor y es de utilidad sólo al *comienzo* del camino.

El Légaut adulto, que conoce personalmente y por otros los límites del compromiso ideológico, y que es partidario de la «segunda opción», hace una presentación lúcida de la *vía* ideológica de dar sentido a la vida. Esta forma de insertar un absoluto de tipo colectivo en la vida es ajena al camino de universalización a partir de los bienes humanos que él ha presentado como la opción dos, y que es mucho más lento y complejo pero más completo. El arranque del capítulo es, sin embargo, neutro y equidistante. Con todo, el «primer camino» –según Légaut– es el que se presenta espontáneamente al hombre, sin una especial interioridad por su parte; que inicia su recorrido cuando se identifica con el ideal de un grupo, el suyo de origen u otro que él elige.

Partir de una visión del Todo para situarse y comprenderse o, por el contrario, apoyarse en lo que uno es en sí mismo y hallar, mediante un esfuerzo de interioridad, el lazo de unión personal con el Todo, son las *dos opciones* que se presentan a la elección del hombre para dar sentido a su vida cuando éste ha avanzado lo suficiente en la comprensión interior de su condición gracias a una lucidez valiente, perseverante y firme. Así es como el hombre se pone a la altura de su destino.

Hacer una elección así más parece surgir de una sistematización cerebral que proceder de una llamada surgida de experiencia real de la vida (...). Tal elección se impone, no obstante, cuando el hom-

bre, esclavo todavía inconsciente pero ya insatisfecho de las apariencias y de los bienes que pasan, sin raíces y sin meta, llega hasta perder el *gusto de vivir* (...). El hombre ve venir de lejos y capta espontáneamente este peligro mortal. Al principio, se manifiesta a través de un cierto vacío que se da incluso cuando uno está muy ocupado y con mucho trabajo. El hombre siente que pesa sobre él la amenaza de un *tedio* que es demasiado profundo como para que un remedio lo haga desaparecer, pues llega, a veces, a paralizar toda su energía.

Normalmente, sin darse cuenta (lo hará más tarde cuando vea con suficiente claridad su pasado por haber vivido ya bastante), *se esfuerza por adelantarse a prever* este peligro extremo. En un *primer momento*, antes de poder emplearse en la búsqueda de su propia realidad y descubrir los cimientos fundamentales de ésta, *tiende a vincular su existencia a la del medio del que se siente físicamente solidario*: su familia y alguna colectividad, como puede ser una clase social, una nación o una sociedad religiosa, o incluso, de forma más general, en estos tiempos actuales en que el ámbito de las relaciones y de los conocimientos se amplía lo suficiente, la Humanidad entera o el Cosmos.

Tal es, en efecto, el camino que, al *comienzo*, se plantea ante él con naturalidad, y en el que se adentra más a gusto al ser *menos exigente*. De esta forma, da *sentido* a sus días *adhiriéndose*, más o menos explícitamente, según su vigor intelectual, a un *sistema de pensamiento* que es el que atribuye significación y valor al *conjunto* del que él es conscientemente miembro. *A este sistema de pensamiento, sea el que sea, lo llamaremos una ideología.*

La sociedad fomenta la ideología que más la cohesione y mejor refuerce su orden y estabilidad. Para ello se sirve del tipo de conocimiento que es más eficaz y tiene más prestigio en cada época.

En la actualidad, a medida que la ciencia se perfecciona, ella es la que da (...) a las ideologías de la época la dimensión y el clima de sus especulaciones. Tampoco deja de prestar su lenguaje evocador y sus imágenes expresivas a las ideologías antiguas que con ello se rejuvenecen aunque pagando el precio de algunas alteraciones más o menos perceptibles. De este modo, la ciencia comparte con las

ideologías el prestigio que le han merecido sus éxitos. Así las revisite de una especie de *evidencia colectiva*. Entonces, el hombre moderno se *adhiere* espontáneamente a tales ideologías, y con tanto más fervor cuanto *más razonable se cree* ser así y, por tanto, *menos crédulo* que en el pasado.

La sociedad también favorece aquella ideología que sea más «capaz de infundir un alma al conjunto de seres que componen su cuerpo». Por eso son fundamentales las que unifican la orientación de todas las actividades sociales hacia «una era de justicia, de paz y de bienestar, sin duda muy alejada en el tiempo (...) pese a que, por no se sabe qué instintivo milenarismo, se queman alegremente las etapas que nos separan de ella». Entonces, el «adepto cree posible» dicho proyecto «por sólo los progresos de la ciencia y de las estructuras» (sin contar con la interiorización de los sujetos); proyecto «cuya realización anhela apasionadamente como si se tratara de la suya propia». Surge, entonces, el compromiso y la entrega que da sentido y confiere grandeza a los días del adepto, del adherente, del creyente.

Si el hombre es suficientemente fuerte y generoso como para ser coherente hasta en lo concreto y cotidiano, no se limitará a prestar una simple adhesión intelectual a la ideología reinante; tampoco la convertirá sólo en ocasión de su bienestar sentimental y de su justificación social, ni se limitará a especular platónicamente acerca de los destinos de la sociedad, la organización de la Humanidad y el aprovechamiento colectivo del Universo. Esta obra sin par se cumple ante sus ojos y él *debe y puede contribuir activamente* a ella pues es actual y está a su alcance. Esta obra lo invita cada día y le compromete tanto más imperiosa y totalmente cuanto más él la reviste, consciente o inconscientemente, de un carácter absoluto. (...) *Cuanto más potente sea este carácter, tanto más se entregará* el hombre, en cuerpo y alma, a la acción, en el área diminuta donde puede desplegar su iniciativa y esforzarse por colaborar en la realización de la meta que señala y describe la ideología, dueña de su corazón al menos tanto como de su inteligencia.

Sin embargo, el hombre presente, en medio de su entrega y adhesión, que algo no va, que las cuestiones particulares que surgen de su

vida y de sus encuentros no son sólo una rémora o algo sin valor frente a la ideología, que es como ésta se los presenta. No obstante, lo grande del horizonte ideológico lo protege y lo distrae de lo que lo llama en el interior; que minusvalora y juzga pasajero, muestra de debilidad y de un fondo subjetivo únicamente. Por eso Légaut piensa que «la adhesión ideológica y la actividad que ésta impone sólo favorecen *parcialmente* la profundización humana».

El hombre no puede dejar de atribuir a la ideología su *carácter absoluto de hecho*, aunque intelectualmente lo rechace en la medida en que tiene algún *presentimiento* de la cuestión singular e inquietante que le plantea su propia vida, bien espontáneamente o bien al cabo de alguna reflexión suficientemente profunda.

La adhesión sin reserva y sin límite que un hombre da a su ideología, reforzada con una entrega tenaz y perseverante a la obra que ésta le propone, lo absorbe por completo. Esta adhesión y esta entrega, aunque participan en cierta medida y de forma indirecta en su profundización personal, al fin lo *protegen* del enigma que él es para sí mismo. En los tiempos modernos, la Humanidad y el Universo, al desbordar al hombre por razón de su inmensidad, lo *distraen* de sí mismo: mundo ínfimo cuyas auténticas dimensiones pertenecen a un orden totalmente distinto. Esta inmensidad lo dispensa y lo desvía de la atención y de la espera que se requieren para percibir y asimilar la riqueza de la propia realidad humana; lo invita a desestimar las *llamadas totalmente íntimas y personales* que lo impulsan a la búsqueda de los *bienes propiamente humanos*. Cuando el hombre escucha la voz de esta llamada, desconfía de ella como si fuera un canto de sirenas; y, si responde, es sólo por razón de su *debilidad*, que necesita de cuidados. Por lo demás –piensa–, estos bienes propiamente humanos, ¿no se reducen a unas *impresiones*, intensas en su momento, ciertamente, pero *pasajeras y subjetivas* en definitiva? Porque estas impresiones, aun siendo sin duda preciosas a pesar de su precariedad, ¿*pueden tener una realidad que se pueda comparar*, ni que sea de lejos, con la que anuncia la ideología, tan *grandiosa*?

La ideología moviliza poderosas fuerzas del ser humano, y puede ser el origen de admirables muestras de *generosidad*, base de los de com-

promisos del hombre con el grupo. Sin embargo, este tipo de compromisos es contrario a que el hombre descubra y responda al enigma que él es para sí mismo. Cualquier atención a lo personal parece egoísmo, cualquier límite de dedicación y de tiempo se interpreta como que el hombre tiene el corazón dividido y es renuente a entregarse de lleno. Por eso la creencia y la adhesión ideológica es insuficiente para emprender la búsqueda de «los bienes propiamente humanos». No ayuda al hombre a ser auténtico e incluso, en casos extremos, exige un tipo de sacrificio que es más una mutilación que otra cosa.

En verdad, la ideología siempre *engulle* al hombre cuando éste se entrega a ella de forma total y exclusiva. Una abnegación así, por su grandeza, impone respeto pero no deja de ser homicida por todo lo que esteriliza. Hechiza al hombre por la coherencia lógica de su doctrina y por la actividad absorbente en que lo recluye. (...) Lo estimula pero también lo polariza, junto con todos sus intereses, hacia una tarea que sin cesar le reclama. Este trabajo, que a veces es un combate, por más importante que sea y por más que aporte a este creyente –acepte o no este nombre–, sigue siendo ajeno a lo que caracteriza básicamente a un hombre.

[2 y 3]. Para ver el argumento esencial del capítulo, dejamos para el final las dos secciones intermedias. En ellas, Légaut acaba de presentar las razones por las que la «ideología» es una «creencia». Pero, sobre todo, hace hincapié en la diferencia que hay entre la creencia o adhesión ideológica, por un lado, y la fe que se descubre en el amor humano y en la paternidad-maternidad, y que luego se va haciendo universal, por otro. *Esta diferencia es semejante* a la que hay entre la *generosidad* que conduce a la *solidaridad ideológica*, y la *capacidad de comunión* que se descubre a través de la desposesión de sí a la que llevan el amor humano y la paternidad-maternidad a lo largo de sus etapas, y que universaliza al ser humano. Pero sobre esto volveremos al final.

4. En la sección cuarta, Légaut afirma que «la creencia ideológica es *necesaria al comienzo* de la vida». La razón es que despierta al hombre; concreta sus aspiraciones y lo obliga a superarse. La crisis y el

límite surgen en esta opción porque, en la ideología, el individuo sólo alcanza el *sentido* en la medida en que se vincula a una visión del «Todo» en la que él queda no sólo empequeñecido sino reducido, hasta ser únicamente una pieza en el engranaje de un inmenso mecanismo. La reacción ante esta reducción, lejos de ser una muestra de orgullo, o una manifestación de debilidad y de cobardía ante lo exigido, es un indicio del vigor espiritual del ser humano.

... hay tiempos en que, en los hombres más vigorosos y entregados, los gérmenes de humanidad recuperan poderosamente su fuerza después de haber sido ignorados y asfixiados (...). La experiencia que se adquiere durante un largo camino de abnegación y de sacrificio conduce a una conciencia más completa de las posibilidades humanas hasta entonces ocultas o desdeñadas (...). (...) Estos tiempos de crisis se preparan en el hombre desde tiempo atrás, a través de las desilusiones de la acción, que minan secretamente los fundamentos del apego a la ideología, y a través del cansancio acumulado en el transcurso de una larga carrera de esfuerzos y luchas tenaces. (...) Sucede además que el ideal de su vida, consecuencia de su ideología, se disuelve (...) como un espejismo. (...) Pero sobre todo, lo que desencadena con más fuerza esta rebelión fundamental contra (...) la ideología es la negativa a secundar y a suscribir la *manipulación* que ésta hace, a su favor, de los hombres, hasta el sacrificio, sin ellos quererlo y ni siquiera saberlo. Todas las ideologías, incluidas las más espirituales y las que más reclaman para sí los valores humanos más altos, han pasado por encima de los cuerpos de sus adeptos con una inconsciencia que llegaba, a veces, hasta encomiar expresamente tal conducta en la misma teoría (...).

La crisis de la creencia ideológica no está exenta de *dramatismo*. El hombre descubre que su vida «está en falso» pues se sustenta en un ideal que pierde sentido para él, de modo que parece que «el suelo sobre el que edificó su vida *se hunde*». *La forma de salir de estas crisis juzga al hombre*. «Cuando todo en él entra en cuestión», descubre, no de forma fácil, que aún había en él todo un fondo sano.

¿Se trata de una especie de nuevo “camino de Damasco”? ¿Saldrá este hombre vencedor de su propia derrota o, por el contrario, será

él el vencido porque, gracias a una victoria engañosa sobre su ser profundo, se refugiará (...) en una (...) obediencia ideológica reducida, en verdad, a ser sólo estéril conformismo?

Es la elección (...) decisiva con que topa todo hombre suficientemente vigoroso y personal, que no se deja arrastrar por la cobardía ante las quiebras visibles o secretas; porque no hay nadie al que, de una u otra forma, no haya despertado y fecundado (...) el entusiasmo ideológico. [De forma más o menos dramática,] cada cual elige según lo que es en sí mismo: opción (...) preparada por toda una vida, y que sólo un adulto es capaz de explicitar (...). Cuando un adulto, gracias a lo que él es en sí mismo y a la entrega generosa a la ideología, ha crecido suficientemente en su humanidad, entonces vive estas horas decisivas, ya sea que estallen de forma brutal (...), ya sea que doblen tenuemente sus campanas durante años, por las creencias sobre las que levantó su vida.

Entonces, (...) el ser humano descubre el valor de las relaciones humanas, simples y humildes, de hombre a hombre. El adulto renuncia a la ideología, a sus pompas abstractas, a sus obras grandiosas pero siempre ambiguas, y prefiere los contactos reales, incluso modestos o raros, con seres que son tanto más próximos cuanto más desprovistos; también él se ha convertido en un pobre, aun cuando haya conocido la celebridad o la riqueza. Sin duda, su nihilismo actual (...) no le permite aún reconocer el valor último en el hombre concreto. Pero este desamparo y esta atenta y humilde apertura suya de ahora lo preparan a ello mejor que cualquier otro estado interior (...).

«Nuevo camino de Damasco», renuncia a las «pompas abstractas» y a las «obras grandiosas», son expresiones que indican cómo a Légaut le viene, tras escribir a fondo sobre el alcance de la crisis de la creencia ideológica, la idea de que éste debió de ser el drama íntimo de Saulo de Tarso que, de celoso fariseo y perseguidor, pasó a descubrir la libertad respecto de La Ley y la circuncisión, algo característico de la Buena Noticia. Y también debió de ser –por qué no– el proceso interior de Jesús ante la religión de su pueblo, que se consolidó en una actitud característica en los escasos meses de su actividad itinerante. Así como también debió de ser el proceso que debió de suponer, para

sus discípulos, encontrarlo a él y seguirlo, al precio de alejarse cada vez más de las creencias y prácticas del judaísmo.

Sin embargo, lo notable de la forma de exponer Légaut la crisis de la creencia ideológica es que la presenta como un proceso que también se da en el contexto de creencias e ideologías no religiosas, tal como sucede en la actualidad. También ellas pueden presentarse ante el hombre como dueñas del sentido y exigirle postrarse, obedecer y servir las.

Presentada así por Légaut, la creencia ideológica es, alo sumo, una *etapa útil* pero que queda atrás cuando el hombre camina hacia su humanidad. Sin embargo, en la experiencia real, no es raro que las dos opciones coexistan, al menos exteriormente. Al final del capítulo anterior, Légaut mismo decía que las «dos opciones no se perciben nítidamente al comienzo». Ocurre además que, según las circunstancias, «una opción toma la delantera a la otra, y viceversa, sin llegar nunca a oponerse ni a separarse».

2. Por otra parte, tras la crisis de la adhesión o creencia ideológica, para el hombre que «sigue en pie», las mismas formulaciones y conductas de antes pueden permanecer, pero a condición de *adquirir otro sentido*. Ya no forman parte de una doctrina a la que adherir o de una ley que cumplir, sino que son expresiones y conductas disponibles, que por su antigüedad son venerables, pero que el hombre puede y debe tratar con *libertad*, y escuchar y hacérselas suyas a su manera.

Le ocurre con ellas como lo que le ocurre en su relación con la gente cuando supera la crisis de la creencia ideológica. Tras distanciarse de la creencia ideológica, vuelve a tener con ellos unas «relaciones humanas, simples y humildes, de persona a persona». Entonces es el tiempo del respeto y del interés, a partir de la propia autonomía, no sólo con las personas sino con las ideas. Entonces puede nacer también una verdadera *amistad* con las personas y con las ideas; amistad distinta de la camaradería, el compañerismo y el espíritu de cuerpo, de los que la contrapartida es considerar automá-

ticamente, a los otros que no son propios, como extraños, y a las ideas que son contrarias como enemigas.

Unos párrafos de la sección II expresan muy bien, el primero, el *contraste* entre la naturaleza de la adhesión a la ideología, y la naturaleza de la fe conyugal y paterna.

La *adhesión* que se da a una ideología, cualquiera que sea su origen y su doctrina, es una verdadera *creencia*. Su naturaleza es muy diferente de la naturaleza de la *fe* conyugal y de la *fe* paterna. Como éstas, [la creencia] germina espontáneamente y hunde sus raíces en las profundidades del hombre. Las tres combaten el egoísmo y la vanidad; y desarrollan en el hombre una verdadera desposesión de sí. Sin embargo, mientras las dos últimas exigen sin cesar más recogimiento y atención interior, la adhesión a una ideología, no. La ideología pide más ardor que silencio, y más convicción que búsqueda. Y el proselitismo que la propaga es efecto más del celo, aunque su abnegación sea admirable, que de una discreción atenta.

El segundo párrafo, por su parte, formula muy bien *otro contraste*: el que hay entre la *relación estrecha* que hay entre la ideología y la mentalidad de una época determinada, y la *distancia e independencia* que hay entre las relaciones basadas en la fe y dicha mentalidad.

La ideología sólo puede reclutar adeptos numerosos si está en armonía con la mentalidad de su época. A veces, sin embargo, se desarrolla en contra de esta mentalidad. En este caso, capta a quienes reaccionan espontáneamente en contra del régimen social de su tiempo. (...) Sólo los individualiza –por otra parte de forma efímera y superficial– cuando les hace luchar contra lo que ella combate o la amenaza. *Por el contrario*, el amor y la paternidad, fieles a las exigencias que los hacen humanos, sólo en escala mucho menor son consecuencia de las costumbres colectivas, que constantemente deben rebasar y contra las que a menudo deben alzarse. El amor y la paternidad singularizan al hombre, incluso entre sus más allegados, sin necesidad de que se tenga que enfrentar con ellos, ni mucho menos. Le aportan un ahondamiento de alcance absolutamente distinto.

En dirección inversa, hay que decir asimismo que, cuando la búsqueda del sentido conduce a valorar «las relaciones humanas, simples y humildes» (entre las que se cuentan las del amor y la paternidad, así como las de la amistad), ello es *indicio* de que se está en la segunda de las dos opciones planteadas por Légaut. Estas relaciones contribuyen a que el hombre «parta de sí mismo y halle su conexión con el Todo por un esfuerzo de interioridad». Los lazos entre los hombres que comparten relaciones de suficiente calidad son muy distintos de los lazos de la solidaridad generada por la ideología y dependiente de ella:

El amor y la paternidad suscitan en el adulto la *presencia* de aquellos en quienes cree; por la fe que tiene en ellos *comulga* con ellos. En cambio, el hombre, a través de la ideología, considera a los demás como *instrumentos* para el fin propuesto por ella. Toda comunión entre dos seres que no guarde referencia a la ideología adopta entonces la figura de una *amistad particular* y se interpreta como una *realidad rival*: esa amistad es incompatible con la adhesión *necesariamente exclusiva* que reclama la naturaleza totalitaria de la ideología; la cual, en consecuencia, se siente atacada en su raíz por dicha amistad.

No cabe duda de que la ideología puede crear entre sus adeptos formas de *solidaridad* muy reales. Sin embargo, a pesar de las apariencias, estas formas de solidaridad son de una *naturaleza totalmente distinta* de las formas que nacen del amor y de la paternidad. Siendo más vastas e igual de fervientes quizá, están en el origen de una intimidad menos honda. La ideología sólo reconoce a los *compañeros* que se dedican a la misma tarea; solidarios entre sí por estar entregados, juntos, a un mismo ideal; y tanto más hermanos cuanto más devorados estén por ambos, tarea e ideal. La muerte de un compañero sólo deja en los otros un recuerdo útil por ser ejemplar. Si entre estos hombres se da una ruptura, sobre todo si es por un enfrentamiento doctrinal, la fraternidad se transforma en olvido, cuando no en menosprecio o incluso en odio. Lo sectario, en todas sus formas, es la otra cara de la solidaridad basada en la ideología.